

La noche esconde monstruos;
a nosotros, nos libera.

DEVIL'S NIGHT IV

Nightfall

PENELOPE
DOUGLAS

CROSS
BOOKS

DEVIL'S NIGHT IV

Nightfall

PENELOPE
DOUGLAS



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Nightfall*
© del texto: Penelope Douglas LLC, 2020
Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través de
International Editors and Yañez' Co.

© de la traducción: María Garrido y de Liza Pluijter
(Prisma Proyectos, S. L.), 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 978-84-08-29953-0
Depósito legal: B. 3.353-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma
sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.

Capítulo 1

Emory

Presente

Era tenue, pero lo oía.

Agua. Como si estuviera en las profundidades de una cueva tras una catarata.

«¿Qué narices es?».

Parpadeé para recuperarme después de haber dormido como nunca en mi vida. Dios, qué cansancio.

Tenía la cabeza en una almohada de lo más suave, y al mover el brazo rocé un edredón blanco, fresco e increíblemente mullido.

Miré a mi alrededor y empecé a sentirme cada vez más confusa al verme acurrucada en medio de una enorme cama donde mi cuerpo ocupaba el mismo espacio que un caramelo en una bolsa.

No era mi cama.

Observé el lujoso dormitorio, blanco, dorado y con cristales y espejos por todas partes, de una opulencia palaciega que nunca antes había visto en persona, y la respiración se me agitó del miedo.

No era mi habitación.

¿Estaba soñando?

Me incorporé. Me dolían la cabeza y los músculos como si llevara durmiendo una puñetera semana.

Bajé la mirada y me examiné primero el cuerpo. Estaba encima de la cama y aún llevaba los pantalones negros y ajustados, y la blusa blanca que me había puesto esta mañana.

Si es que seguía siendo hoy.

No tenía los zapatos, pero miré al lado de la cama por instinto y vi mis zapatillas perfectamente colocadas en una sofisticada alfombra blanca con filigrana de oro.

Los poros se me enfriaron con el sudor mientras miraba el dormitorio desconocido, y el cerebro me daba mil vueltas intentando averiguar qué sucedía. ¿Dónde estaba?

Me deslicé de la cama y me flaquearon las piernas al ponerme de pie.

Había estado en el estudio. Byron y Elise habían pedido comida para llevar, y... Me pellizqué el tabique nasal, con la cabeza a punto de estallarme. Y después...

No lo sabía. ¿Qué había pasado?

Encontré una puerta y ni me molesté en inspeccionar el resto de la habitación ni en ver adónde conducían las otras dos. Cogí los zapatos y fui a duras penas hacia lo que imaginé que sería la salida, y pasé a un pasillo de suave suelo de mármol frío bajo mis pies descalzos.

Aun así, repasé una lista mental.

No había bebido.

No había visto a nadie fuera de lo normal.

No había recibido ninguna llamada ni paquete raro. No...

Intenté tragar saliva unas cuantas veces hasta que dejé de tener la boca totalmente seca. Dios, qué sed tenía. Y sentí un pinchazo en el estómago; hambre también.

—¿Hola? —dije en voz baja, pero me arrepentí de inmediato.

A no ser que me hubiera dado un aneurisma o una amnesia selectiva, no estaba ahí por voluntad propia.

Pero si me hubieran encerrado o secuestrado, ¿no tendría que haber estado cerrada la puerta?

La bilis me ardió en la garganta al imaginarme distintas situaciones de películas de terror.

«Por favor, que no sean caníbales. Por favor, que no sean caníbales».

—Hola —respondió una voz insegura.

Seguí el sonido y me asomé por la barandilla al otro lado de las escaleras, donde había otro pasillo con habitaciones. Una figura salía del oscuro pasillo hacia el descansillo.

—¿Quién eres?

Me acerqué un poco y parpadeé con los ojos aún cansados de sueño.

Era un hombre, o eso pensaba. Camisa abotonada y pelo corto.

—Taylor —dijo al fin—. Taylor Dinescu.

¿Dinescu? ¿De la Corporación Petrolera Dinescu? No podría ser la misma familia.

Me lamí los labios y volví a tragar saliva. Necesitaba agua urgentemente.

—¿Por qué no me han encerrado en mi habitación? —me preguntó mientras salía de la oscuridad y entraba en el tenue rayo de luna que se colaba por las ventanas.

Inclinó la cabeza. Tenía el pelo alborotado y la cola de la camisa le colgaba arrugada.

—No nos dejan acercarnos a las mujeres —dijo, y parecía tan confundido como yo—. ¿Estás con el médico? ¿Está aquí?

¿De qué narices estaba hablando? «No nos dejan acercarnos a las mujeres». ¿Lo había oído bien? Sonaba alelado, como si estuviera drogado o llevase encerrado en una celda desde hace quince años.

—¿Dónde estoy? —exigí saber.

Dio un paso hacia mí y yo retrocedí otro, luchando por ponerme los zapatos a la pata coja.

Cerró los ojos e inhaló al acercarse.

—Dios —jadeó—. Hacía mucho que no lo olía.

¿Que no olía qué?

Abrió los ojos y vi que eran de un azul penetrante que resaltaba aún más bajo su pelo caoba.

—¿Quién eres? ¡¿Dónde estoy?! —grité.

No lo reconocía.

Se deslizó más cerca con movimientos casi animales y una mirada de depredador que hizo que se me erizara el vello.

De repente parecía alerta. Joder.

Busqué cualquier cosa que me valiera de arma.

—Los sitios cambian —dijo, y retrocedí un paso por cada paso que daba él—. Pero el nombre no. Blackchurch.

—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Dónde estamos? ¿Sigo en San Francisco?

Se encogió de hombros.

—No sé la respuesta. Podríamos estar en Siberia o a dieciséis kilómetros de Disneyland —contestó—. Nosotros vamos a ser los últimos en enterarnos. Solo sabemos que es un lugar aislado.

—¿Nosotros?

¿Quién más había ahí? ¿Y dónde?

¿Y dónde narices estaba? ¿Qué era Blackchurch? ¿Cómo podía no saber dónde estaba? ¿En qué ciudad o estado? ¿Ni siquiera el país?

Dios santo. País. Estaba en Estados Unidos, ¿no? No podía ser.

Me entraron náuseas.

Agua. Había oído agua al despertar, así que agudicé el oído y detecté el goteo sordo y constante a nuestro alrededor. ¿Estábamos cerca de una cascada?

—¿No hay nadie más contigo? —me preguntó, como si no pudiera creerse que estuviera allí—. No deberías acercarte tanto a nosotros. Nunca dejan que las mujeres se nos acerquen.

—¿Qué mujeres?

—Las enfermeras, las limpiadoras, las que trabajan aquí... —explicó—. Vienen una vez al mes a reabastecer las provisiones, pero nos confinan en las habitaciones hasta que se van. ¿Te han dejado atrás?

Me harté y arrugué el labio. Basta de preguntas. No tenía ni idea de qué narices estaba diciendo y el corazón me latía tan fuerte que me dolía. «Nunca dejan que se nos acerquen las mujeres». Dios, pero ¿por qué? Me retiré hacia la escalera marcha atrás para no quitarle la vista de encima y empecé a bajar mientras él no dejaba de acercarse.

—Quiero hacer una llamada —le dije—. ¿Dónde está el teléfono?

Negó con la cabeza y el corazón me dio un vuelco.

—Tampoco hay ordenadores —me respondió.

Me tropecé con el escalón y tuve que agarrarme a la pared para no perder el equilibrio. Cuando levanté la cabeza, lo tenía delante, mirándome con los labios contraídos en una sonrisa.

—No, no... —Me deslicé unos escalones más.

—Tranquila —me dijo—. Solo quiero olerte un poco. Él querrá el primer bocado.

¿Él? Miré a la planta baja y vi un paragüero. Paraguas afilados. Me servirían.

—Aquí no tenemos mujeres. —Se siguió acercando—. Al menos no tenemos ninguna que podamos tocar.

Retrocedí aún más. Si salía corriendo a por un arma, ¿conseguiría atraparme? ¿Me alcanzaría?

—Sin mujeres ni comunicación con el mundo —siguió diciendo—. Sin drogas, ni alcohol, ni tampoco tabaco.

—¿Qué es Blackchurch? —pregunté.

—Una cárcel.

Miré a mi alrededor, tomando nota mental de los caros suelos de mármol, los apliques, las alfombras y las sofisticadas decoraciones y estatuas de oro.

—Bonita cárcel —murmuré.

Fuera lo que fuese ahora, estaba claro que ahí antes vivía alguien. Era una mansión o... un castillo o algo así.

—Está apartada. —Suspiró—. ¿Adónde te crees que mandan los directores ejecutivos y senadores a sus hijos problemáticos cuando quieren deshacerse de ellos?

—Senadores... —divagué, y eso me recordó algo.

—Algunos peces gordos no pueden permitir que sus hijos, sus herederos, salgan en las noticias por ir a la cárcel o a un centro de desintoxicación o porque les hayan pillado *in fraganti* —explicó—. Cuando nos convertimos en un problema, nos mandan aquí a que nos calmemos. A veces meses. —Y entonces suspiró—. A algunos de nosotros, años.

Hijos. Herederos.

Y en ese momento, caí.

«Blackchurch».

No.

No, no podía ser verdad. Ese sitio era una leyenda urbana que los ricachones contaban a sus hijos para mantenerlos controlados. Una residencia aislada a donde mandaban a sus hijos como castigo, pero los dejaban a merced de los demás. Como *El señor de las moscas*, pero con chaquetas elegantes.

Pero no existía. No era verdad. ¿O sí?

—¿Hay más? —pregunté—. ¿Más como tú?

Esbozó una sonrisa retorcida que me revolvió el estómago.

—Unos cuantos —ronroneó—. Grayson volverá esta noche con la partida de caza.

Me paré en seco, mareada.

No, no, no...

«Senadores», había dicho.

Grayson.

Mierda.

—¿Grayson? —murmuré, más para mis adentros—. ¿Will Grayson?

¿Estaba aquí?

Pero Taylor Dinescu, que ahora estaba segura de que era hijo del propietario de la Corporación Petrolera Dinescu, ignoró mi pregunta.

—Tenemos todo lo que nos hace falta para sobrevivir, pero, si queremos carne, tenemos que cazar —explicó.

Eso era lo que estaban haciendo Will y los otros. Conseguir carne.

Y no sabía si era por mi expresión u otra cosa, pero Taylor se echó a reír con una carcajada malévola que me hizo apretar los puños con fuerza.

—¿De qué te ríes? —gruñí.

—De que nadie sabe que estás aquí, ¿no? —se burló, y sonaba encantado—. Y si alguien lo sabe es porque ha querido dejarte aquí. No va a venir nadie a reabastecer hasta dentro de un mes.

Cerré los ojos un segundo. Me había quedado claro.

—Un mes entero —reflexionó.

Me dio un buen repaso de arriba abajo y fui consciente de todo lo que conllevaba la situación.

Estaba en medio de la nada con a saber cuántos hombres que llevaban sin vicio ni contacto con el mundo exterior a saber cuánto tiempo, y uno de ellos disfrutaría torturándome si lograra volver a ponerme las manos encima.

Y, según Taylor, podía olvidarme de conseguir ayuda por un mes entero.

Alguien se había esforzado mucho al traerme aquí sin que nadie se enterase de mi llegada. ¿De verdad no había nadie vigilando el edificio? ¿Seguridad? ¿Cámaras? ¿Alguien que controlara a los prisioneros?

Rechiné los dientes. No tenía ni puta idea de qué coño iba a hacer, pero tenía que hacerlo rápido.

Pero entonces oí algo y levanté la mirada hacia Taylor. Desde fuera se oía el eco de ladridos y aullidos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

¿Lobos? Los sonidos se acercaban.

Alzó la mirada, la clavó en la puerta de entrada que tenía detrás y luego en mí.

—La partida de caza —contestó—. Han vuelto antes de tiempo.

La partida de caza.

Will.

Y a saber cuántos prisioneros más que serían igual de inquietantes y amenazadores que este tío...

Los aullidos estaban ya en el exterior de la casa, y miré a Taylor sin poder calmar mi respiración. ¿Qué iba a pasar cuando entrasen y me vieran?

Pero él se limitó a sonreírme con suficiencia.

—Adelante, corre —dijo—. Nos morimos por divertirnos un poco.

Se me cayó el alma a los pies. No podía estar pasando. ¡No podía estar pasando!

Retrocedí mientras bajaba las escaleras sin dejar de mirarle mientras me acechaba. Notaba cómo la sangre caliente me recorría las venas.

—Quiero hablar con Will —exigí.

Puede que quisiera hacerme daño, pero no lo haría. ¿No? Si pudiera hablar con él...

Pero Taylor se rio, los ojos le brillaban de puro placer.

—No te puede proteger, cielo.

Y entonces el suelo crujió en la planta de arriba, Taylor levantó la cabeza y miró al techo.

—Aydin está despierto.

¿Quién es Aydin?

No me quedé a averiguarlo.

No sabía si estaría o no en peligro con estos tíos, pero sabía que si huía, estaría a salvo.

Bajé la escalera de un salto, rodeé la barandilla y salí corriendo hacia la parte de atrás de la casa. Oí a Taylor aullar mientras me escabullía por un pasillo oscuro, con el sudor enfriándose la frente.

No podía estar pasando. Tenía que haber cámaras. Me negaba a creer que mami y papi fueran a mandar a sus herederos a un sitio sin estar seguros de que estarían a salvo. ¿Y si alguien se hacía daño? O si se ponía enfermo.

Era... una broma. Una broma pesada muy poco adecuada y carísima. Ya casi era la Noche del Diablo, y por fin me había atrapado.

Blackchurch no existía. En el instituto, Will ni siquiera creía que este sitio existiera.

Pasé por una habitación tras otra. Algunas tenían una puerta, otras dos, algunas ninguna, y yo seguía avanzando por pasillos que se separaban en más pasillos sin saber adónde iba. Corrí sin más.

Las suelas de goma de las zapatillas chirriaban sobre el suelo de mármol y el olor a polvo me irritaba la nariz. No había calidez en esa casa.

Las paredes pasaban del crema al granate, y de ahí al negro del papel de pared mohoso. El papel pintado podrido desaparecía en algunas partes, y los techos alcanzaban una altura kilométrica, al igual que las cortinas que caían por ventanas que eran ocho veces más altas que yo.

Pero las lámparas brillaban y proyectaban un resplandor sombrío en cada despacho, estudio, salón y sala de juegos por los que pasaba.

Me detuve en seco, giré la segunda a la derecha y corrí por

el pasillo, agradecida, aunque también desconcertada por el silencio. Hacía un momento estaban en la puerta. Ya tenían que haber llegado a la casa. ¿Por qué no oía nada?

Mierda.

Con los músculos ardiendo y los pulmones tensos no pude contener un gemido mientras entraba a trompicones en la última habitación del pasillo y corría hacia la ventana. La abrí de un tirón y el aire fresco se coló entre las cortinas. Me estremecí al ver el inmenso bosque verde, casi negro por la oscuridad de la noche, al otro lado de la ventana.

Pinos. Miré hacia fuera, escudriñando el terreno. También había píceas rojas y pinos blancos.

Me llegó el olor húmedo del musgo y vacilé. Ya no estaba en California. Estos árboles eran endémicos de un sitio mucho más al norte.

Y no estábamos en Thunder Bay. No estábamos ni remotamente cerca de Thunder Bay.

Dejé la ventana abierta y me retiré, parándome a pensar. El aire frío se me colaba en la blusa blanca de manga corta, y no tenía ni idea de dónde estaba, de lo lejos que estaba de la civilización o de con qué clase de elementos me toparía desprotegida.

Salí corriendo de la habitación; me pegué a la pared y me adentré en el pasillo sin hacer ruido, manteniendo los ojos bien abiertos.

«Piensa, piensa, piensa».

Teníamos que estar cerca de algún pueblo. Había cuadros en las paredes, antigüedades de valor incalculable, lámparas de araña gigantes y alguien se había gastado mucho dinero para decorar el sitio.

No siempre fue una cárcel.

Nadie se gastaría este dineral en algo que una panda de niños se iba a cargar. Era la casa de alguien, y no la había construido demasiado lejos de un pueblo. Una casa como esta servía para tener invitados. Si hasta había una sala de baile, por Dios.

Me apreté las manos.

No podía importarme menos quién me había traído.

Ahora mismo, solo tenía que llegar a un lugar seguro.

Y entonces lo oí.

Un grito, un aullido, por encima de mí. Me detuve; se me había helado la sangre. Levanté la cabeza y seguí el sonido que iba de mi izquierda a mi derecha, con el pulso acelerado con cada crujido del suelo.

A la vez. En varios sitios.

Estaban en el piso de arriba, y había más de uno. Taylor me había visto correr en esta dirección. ¿Por qué estarían en el piso de arriba?

Y entonces me acordé de quién estaba allí. Aydin.

Taylor lo había nombrado como si fuera una amenaza. ¿Iban a buscarle primero?

El eco de una voz recorrió el pasillo y agudicé el oído. La ventana me invitaba a saltar.

Otro grito resonó un poco más lejos, posiblemente venía del vestíbulo, y luego oí otro aullido cerca de mí.

Me giré, mareada. ¿Qué cojones estaba pasando? Se me encendieron los nervios bajo la piel, y me obligué a tragar mientras se me revolvía la bilis en el estómago.

Se estaban separando.

«Lobos». Me detuve, acordándome de los aullidos. Eran como lobos.

Las manadas se separan para rodear a su presa y buscar debilidades. La flanquean por los lados y la retaguardia.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, y levanté la barbilla para quitármelas. «Will».

¿Cuánto llevaba allí? ¿Dónde estaban sus amigos? ¿Me había traído aquí como venganza? ¿Qué coño?

Hace años que le dije que no me presionara. Le advertí. No era mi culpa. Se metió aquí solito.

Me colé en una sala de billar, cogí un bate de críquet de la pared y volví a salir, pegando la espalda a la pared y mirando alrededor por si veía a alguien. Se me puso la piel de gallina y, pese al frío, tenía una fina capa de sudor en el cuello. Agudicé el oído y escuché mientras avanzaba en silencio.

Un ruido sordo golpeó el suelo sobre mí, cogí aire y volví a mirar al techo mientras seguía bajando las escaleras.

¿Qué estaba pasando?

Un tono azul, parecido a la luz de la luna que entraba por la ventana, iluminó el oscuro suelo de mármol del pasillo, y lo seguí hacia la parte trasera de la casa.

Inhalé y sentí un pinchazo en la nariz. Olía estéril, como a lejía. Taylor había dicho que los limpiadores y el personal acababan de irse.

Me temblaron las rodillas y el corazón me martilleó en el pecho. Me sentía atrapada.

—¡Aquí! —gritó alguien.

Jadeé, me pegué a la pared y me escabullí por una esquina.

Al asomarme por ella, vi sombras que se movían por la pared al encontrar la ventana que había dejado abierta.

—¡Se está escapando! —gritó otra voz.

Exhalé y apreté los puños. «Sí». Creían que había salido por la ventana.

Corrieron hacia el vestíbulo, esperanzados, y sus pisadas resonaron en el suelo mientras yo me tapaba la boca con la mano hasta que se desvanecieron.

«Gracias a Dios».

No esperé más. Corrí y corrí hasta encontrar la cocina al suroeste de la casa. Dejé las luces encendidas, corrí hacia el frigorífico y lo abrí de un tirón haciendo que los estantes de las frutas y verduras se tambalearan.

Miré a mi alrededor y me quedé boquiabierta por sus dimensiones. Era de tamaño industrial. ¿No había dicho Taylor que tenían que cazar para conseguir carne? Aquí había un montón de comida.

Entré en el espacio, el cambio inmediato de temperatura me hizo estremecerme y ojeé los estantes de comida, todos parecían recién abastecidos. Quesos, pan, fiambre, mantequilla, leche, zanahorias, calabaza, pepinos, tomates, uvas, plátanos, mangos, lechuga, arándanos, yogur, humus, carne, jamón, pollos enteros, hamburguesas...

Y eso sin contar la despensa que seguro que también tenían.

¿Por qué tendrían que cazar?

Sin perder más tiempo, agarré la bolsa de red que colgaba dentro y vacié los productos que almacenaba, llenándola rápi-

damente con dos botellas de agua, una manzana y algo de queso. Tal vez debería llevar más, pero ahora mismo no podía con tanto peso.

Volví a salir de la nevera, até la bolsa, corrí hacia la ventana, me puse de puntillas y vi cómo las luces de los faroles danzaban por el inmenso césped.

Casi sonreí. Me daba tiempo a encontrar un abrigo o un jersey y largarme de aquí antes de que volvieran.

Me di la vuelta y avancé un paso, pero entonces lo vi. Había una forma oscura apoyada en el marco de la puerta de la cocina mirándome fijamente.

Me detuve y casi se me salió el corazón del pecho.

Al menos parecía que me estaba mirando. Tenía el rostro escondido entre las sombras.

Se me helaron los pulmones, me dolían.

Y entonces me acordé... «Lobos». Te rodean.

Todos menos uno. Que viene de frente.

—Ven aquí —dijo con voz profunda.

Me temblaban las manos, reconocía esa voz. Y las palabras exactas que me había dicho aquella noche.

—Will.

Entró en la cocina. La luz de la luna le iluminó la cara levemente, y algo dentro de mí se encogió.

Ya era grande en el instituto, pero ahora...

Tragué saliva, tratando de humedecerme la boca.

Unas pocas gotas de lluvia le brillaban en el pelo color chocolate, que llevaba desordenado pero bien cortado, y nunca le había visto con barba de un par de días, pero le hacía parecer más duro y más peligroso, de un modo que no me imaginaba que le quedaría tan bien.

Tenía el pecho más ancho, los brazos se marcaban más en la sudadera negra, y estaba levantando las manos con un paño para limpiarse la sangre que le cubría los dedos. La parte de detrás de las manos las tenía adornadas con tatuajes que desaparecían bajo las mangas de la sudadera.

No tenía tatuajes la última vez que lo vi.

La noche que lo arrestaron.

¿De dónde salía toda esa sangre? ¿De cazar?

Caminé hacia atrás mientras él avanzaba poco a poco, pero no me estaba mirando conforme se acercaba, solo se miraba las manos mientras se las limpiaba.

El bate de críquet. ¿Dónde estaba?

Parpadeé lentamente. «Mierda». Lo había dejado en el suelo de la nevera al ir a guardar la comida.

Dirigí los ojos hacia allí, calculando la distancia.

Busqué en las encimeras y vi tres frascos de cristal; extendí la mano y lancé uno al suelo entre nosotros. Se rompió, dejando esquirlas por todo el suelo, y él se detuvo un momento, con una sonrisa en los ojos, mientras yo seguía retrocediendo hacia la nevera.

—Esta vez no vas a acabar durmiendo en mi saco —me advirtió.

Cogí otro de los frascos y lo tiré al suelo mientras retrocedía para acortar la distancia. Si embestía hacia mí, se resbalaría con el cristal.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —me burlé—. Sigues sin ser el alfa.

Arqueó una de las cejas, pero continuó avanzando hacia mí sin parar ni un momento.

El pulso me latía en el cuello y tenía el estómago revuelto, pero mientras el cristal crujía al pisarlo me clavó la mirada en los ojos. Me palpitaba el pulso entre las piernas y tenía ganas de llorar.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —pregunté.

—¿Has sido mala?

Apreté los dientes, pero no dije nada.

Una sonrisa malvada se le dibujó en la cara y supe que había llegado el momento.

No esperaba que sucediera así, pero siempre supe que llegaría.

—Ya lo sabes —dije—. ¿Verdad?

Asintió.

—¿Y no te vas a justificar?

—¿Para qué?

Negó con la cabeza.

Tragué saliva. «Ya me lo esperaba».

Estuvo en la cárcel dos años por mi culpa.

Y no entró solo.

Sus mejores amigos, Damon Torrance y Kai Mori, también estuvieron encerrados.

Bajé los ojos un momento. Sabía que no se lo merecía, pero también que no habría hecho las cosas distintas si hubiera podido. Le dije que no se acercara a mí. Le advertí.

—Ojalá nunca te hubiera conocido —dije, casi en un susurro.

Se detuvo, el cristal chirriaba a su paso.

—Créeme, no eres la única.

Retrocedí, pero me rocé la pierna con la mano y sentí que tenía algo en el bolsillo. Seguí acercándome a la nevera, pero me metí la mano en los pantalones y saqué el trozo de metal. Era una navaja plegable con el mango negro.

¿De dónde había salido?

Yo nunca llevaba armas encima.

Solté la red, desenvainé la hoja y la sostuve frente a mí, pero él salió disparado, me agarró de la muñeca y me abrió los dedos. Me resistí e intenté mantener el arma en las manos, pero era demasiado fuerte. Grité al no poder sostenerla más y cayó al suelo de mármol.

Me dio la vuelta, me agarró del cuello y me acercó hasta inmovilizarme entre su cuerpo y la encimera.

Me miró a los ojos y cogí aire con dificultad, con un mechón de pelo rozándome la boca.

—¿Quieres un alfa? —me desafió.

Lo miré con intensidad.

—Deseamos lo que deseamos.

Me fulminó con la mirada. Esas palabras me resultaban mucho más familiares de lo que quería reconocer, y si no estuviera tan acojonada, me reiría.

Gruñó, me cogió y me echó sobre el hombro.

—Conocerás a uno —dijo.